¡Viva el ardiente ron de aquellos tiempos
que abrasaba gargantas,
y hacía bravos y audaces a los tímidos,
y ponía contoneos en las muchachas!

Así fué año tras año,
la fiesta más castiza de la patria.

Hoy canto al cafetal con la tristeza
del que lleva en el alma
un recuerdo que duele, algo perdido
por épocas lejanas.

Se esfumó el cafetal de aquellos tiempos
y la verde sombrilla de las guabas;
se fugaron los cedros
y el capá señorial de la hondonada,
el plácido algarrobo de la loma,
las ceibas gigantescas, y las jaguas;
los endebles yagrumos, y los robles
que mecían huracanes en sus ramas;
el lechoso caimito amoratado
y el frondoso guamá de la quebrada.
Hoy está más lejano el horizonte
porque viste otro traje la montaña.

Yo soy del cafetal que ayer fue todo.
Hoy lloro al cafetal que ya no es nada.

Mi canto al cafetal es canto triste.
Más que canto es plegaria.
Mientras contemplo la desnuda tierra
busco el arbusto que se fué. La patria
se lo entregó a los brazos y al machete
y la tierra quedó sacrificada.

Quizás un día cercano
resurja el cafetal en la hondonada,
y arrope, como entonces, las llanuras
y vuelva a enseñorearse en la montaña.

El cafetal de ayer no está muy lejos.
Se fué de viaje y volverá mañana.
¡Y con el cafetal, cuando regrese,
la patria ausente volverá a la patria!

"Cariño, no hay mejor café
que el de Puerto Rico"
La Gran Via

Café, la bebida mulata

por José S. Alegría

DE DÓNDE NOS LLEGÓ EL CAFÉ?

El café tuvo su origen en Etiopía. En el siglo XIV se trasplantaron algunos árboles a Arabia, país que lo bautizó con su nombre actual. De Arabia fue llevado a Egipto y del país de las Pirámides a Turquía. Cuando apareció en Europa fue denunciado como "bebida de infieles," hasta que el Papa Clemente VII lo probó y dijo que una bebida tan buena no podía dejarse solamente para deleite de infieles.

En el año 1720 el oficial de la marina francesa, Monsieur Gabriel Mathieu de Chieu, traía a la isla de Martinica tres arbolitos de café, obtenidos de los Jardines Botánicos de París. Los inconvenientes del viaje demoraron la llegada de la embarcación y el buen marino se privó, muchas veces, del agua de sus barricas para regar las plantas del grano azul. Sólo una sobrevivió y fue plantada en Martinica, dando comienzo el cultivo del aromoso grano en el Nuevo Mundo.

Diez y seis años más tarde —1736—, el primer árbol de café, traido de Martinica a Puerto Rico, era sembrado en el regazo de nuestra montaña, bajo el cálido sol tropical y la suave y acariciadora brisa. Para el año 1758, el café era uno de nuestros principales productos de exportación y lo fue hasta el último año de dominación española —1897— que exportamos más de cincuenta millones de libras.

Nuestro café se hizo famoso por su aroma exquisito y su suave gusto al paladar, y España, Francia, Italia y Alemania lo hicieron su preferido, convirtiéndose en la bebida de los reyes, servido con orgullo en la Corte de Luis XIV y brindado en refulgentes servicios de oro por Juana Antonieta Poisson, marquesa de Pompadour, a su ilustre amante

Date

¡Viva el ardiente ron de aquellos tiempos
que abrasaba gargantas,
y hacía bravos y audaces a los tímidos,
y ponía contoneos en las muchachas!

Así fué año tras año,
la fiesta más castiza de la patria.

Hoy canto al cafetal con la tristeza
del que lleva en el alma
un recuerdo que duele, algo perdido
por épocas lejanas.

Se esfumó el cafetal de aquellos tiempos
y la verde sombrilla de las guabas;
se fugaron los cedros
y el capá señorial de la hondonada,
el plácido algarrobo de la loma,
las ceibas gigantescas, y las jaguas;
los endebles yagrumos, y los robles
que mecían huracanes en sus ramas;
el lechoso caimito amoratado
y el frondoso guamá de la quebrada.
Hoy está más lejano el horizonte
porque viste otro traje la montaña.

Yo soy del cafetal que ayer fue todo.
Hoy lloro al cafetal que ya no es nada.

Mi canto al cafetal es canto triste.
Más que canto es plegaria.
Mientras contemplo la desnuda tierra
busco el arbusto que se fué. La patria
se lo entregó a los brazos y al machete
y la tierra quedó sacrificada.

Quizás un día cercano
resurja el cafetal en la hondonada,
y arrope, como entonces, las llanuras
y vuelva a enseñorearse en la montaña.

El cafetal de ayer no está muy lejos.
Se fué de viaje y volverá mañana.
¡Y con el cafetal, cuando regrese,
la patria ausente volverá a la patria!

"Cariño, no hay mejor café
que el de Puerto Rico"
La Gran Via

Café, la bebida mulata

por José S. Alegría

De dónde nos llegó el café?

El café tuvo su origen en Etiopía. En el siglo XIV se trasplantaron algunos árboles a Arabia, país que lo bautizó con su nombre actual. De Arabia fue llevado a Egipto y del país de las Pirámides a Turquía. Cuando apareció en Europa fue denunciado como "bebida de infieles," hasta que el Papa Clemente VII lo probó y dijo que una bebida tan buena no podía dejarse solamente para deleite de infieles.

En el año 1720 el oficial de la marina francesa, Monsieur Gabriel Mathieu de Chieu, traía a la isla de Martinica tres arbolitos de café, obtenidos de los Jardines Botánicos de París. Los inconvenientes del viaje demoraron la llegada de la embarcación y el buen marino se privó, muchas veces, del agua de sus barricas para regar las plantas del grano azul. Sólo una sobrevivió y fue plantada en Martinica, dando comienzo el cultivo del aromoso grano en el Nuevo Mundo.

Diez y seis años más tarde —1736—, el primer árbol de café, traido de Martinica a Puerto Rico, era sembrado en el regazo de nuestra montaña, bajo el cálido sol tropical y la suave y acariciadora brisa. Para el año 1758, el café era uno de nuestros principales productos de exportación y lo fue hasta el último año de dominación española —1897— que exportamos más de cincuenta millones de libras.

Nuestro café se hizo famoso por su aroma exquisito y su suave gusto al paladar, y España, Francia, Italia y Alemania lo hicieron su preferido, convirtiéndose en la bebida de los reyes, servido con orgullo en la Corte de Luis XIV y brindado en refulgentes servicios de oro por Juana Antonieta Poisson, marquesa de Pompadour, a su ilustre amante